

los artistas que más se ha preocupado por poner su fortuna personal al servicio de una labor cultural y patriótica de extraordinaria eficacia. Nacido en Manila en una familia de vieja raigambre española, emparentada con una emprendedora estirpe alemana, reunía en su carácter las virtudes de seriedad, espíritu de iniciativa y vocación de servicio que caracterizaban a los Zóbel, los Ayala y los Montojo. Fue fiel al imperativo de sus ancestros, entre los que había marinos heroicos, capitanes de empresa y hombres de alta cultura. Nada de extraño tiene, por tanto, que haya sido el fundador del *Museo de Arte Abstracto español*, instalado en Cuenca en el marco inigualable de las Casas Colgadas, ni que haya seleccionado personalmente todas las obras que se exhiben en el mismo y las haya comprado con su peculio personal, sin solicitar ningún tipo de ayuda al Estado o a los artistas, y las haya donado luego, igual que parte de su biblioteca y archivo de arte, a esa gran institución cultural en la que había puesto sus mejores ilusiones. Presintiendo hace escasos años su próxima muerte, cedió luego su museo a la Fundación March, para que cuando él faltase pudiese seguir funcionando y no se perdiese así la labor educativa que, gracias a su generosidad, allí se realizaba y que, debido a su previsión, se sigue realizando en la actualidad. El Museo de Cuenca alberga la más importante antología del arte abstracto español existente en España y no puede, en dicho aspecto, ser igualada, ni de lejos, por el Museo Español de Arte Contemporáneo, de Madrid, ni por el de Arte Moderno, de Barcelona. Es un museo único en el mundo por su montaje, por su emplazamiento y por la calidad de sus fondos en la especialidad a la que ha sido dedicado.

En la exposición conmemorativa de Zóbel, organizada por la Fundación March, era posible seguir su evolución total. Excluida una etapa inicial de tipo figurativo, rico color y expresividad intensa, la totalidad de la obra de Zóbel entra de lleno en el más paradigmático gestualismo abstracto. Al final del decenio de los cincuenta aplicaba con jeringuillas de inyecciones sus rectas estrías gestuales y las emborronaba luego ligeramente con paños, permitiendo así que los trazos iniciales quedasen embebidos en el frotado final. En algunos lienzos utilizaba tan sólo un vibrante negro sobre blanco, pero en otras obras los fondos, con muy sutiles gradaciones entre amarillentas y verdosas, constituían una premonición de sus futuras y más conocidas etapas. En ellas siguió siendo abstracto gestual, pero el despliegue de sus manchas tenues y la melodía de su dibujo —cuando existe— sugieren paisajes soñados en los que confluyen el refinamiento y la intemporalidad.

Esta manera de hacer, no es en la pintura de Zóbel un fin en sí mismo, sino un medio para comunicarnos un «algo» inasequible que supera las habituales limitaciones del oficio de pintor. Zóbel se había asimilado mejor que nadie en España el espíritu de la pintura extremooriental, en especial el de la de China y Japón, y captaba en sus lienzos esa detención del instante y ese estado de «vacío del alma» que tan conmovedoramente han sabido transmitirnos algunos escritores y pintores taoístas o budistas, coincidentes todos ellos en su renuncia a perderse en el flujo engañoso de los fenómenos y en su búsqueda calma de lo absoluto, equivalente oriental e intuitivo del número kantiano. La pintura de Zóbel es así una ventana abierta hacia otra realidad más verdadera, que se esconde más allá de todo cuanto vemos y que, aunque nos es imposible llegar a conocerla con nuestros sentidos, podemos, al menos, intuir la

a veces a través de algunas obras de arte o mediante algunas vivencias de tipo religioso en su más amplio sentido.

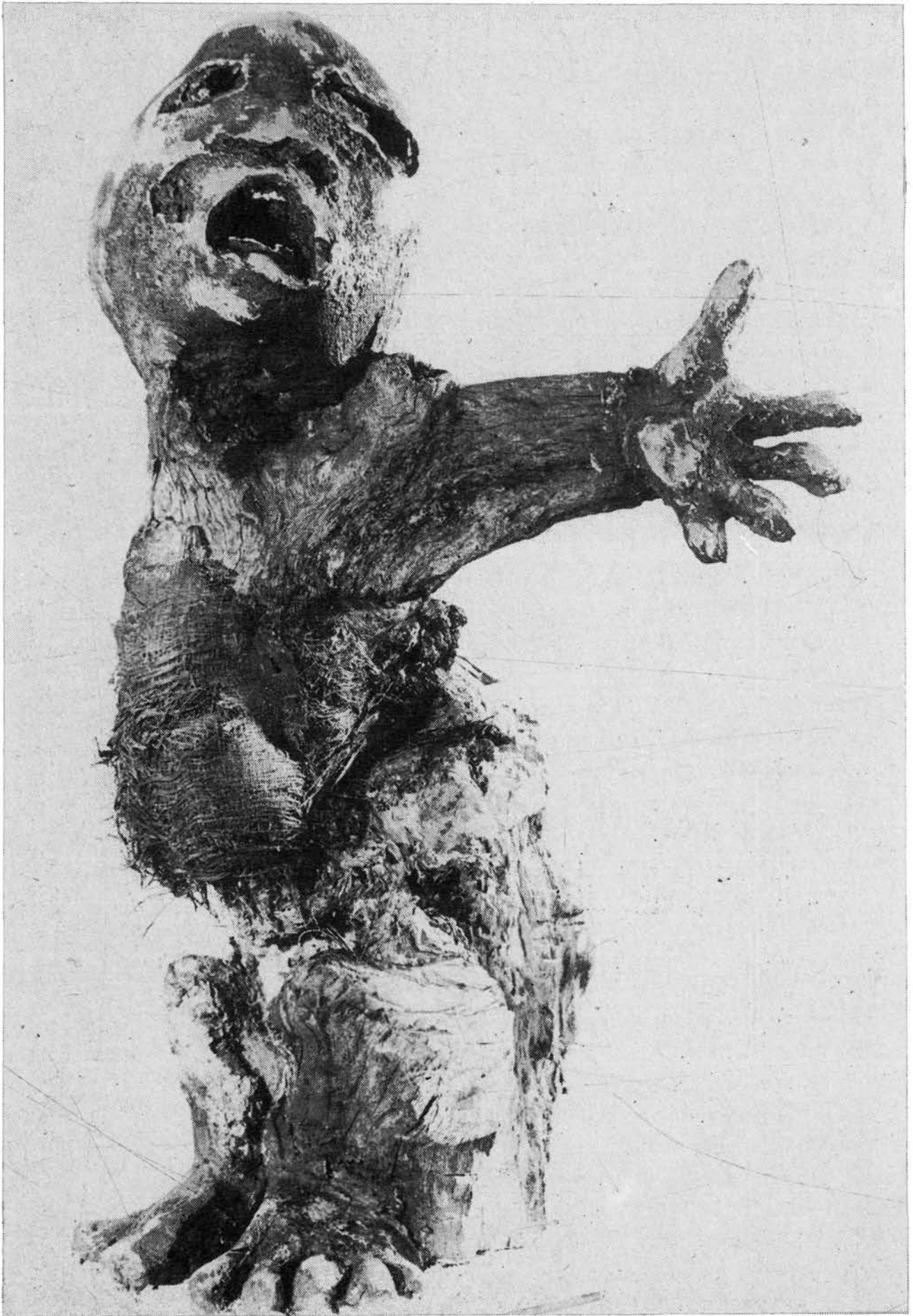
4. Aurelio Teno, en Galería Las Minas

Bajo dirección de Dafne de la Torre, acaba de inaugurarse en Madrid una nueva galería. Todo resulta en ella un tanto insólito, pero muy acogedor al mismo tiempo en la organización de su espacio. Tres pequeñas salas en el piso bajo y cuatro más en dos sótanos (dos en cada uno) se enlazan por pasadizos, escaleras y vericuetos un tanto laberínticos que permiten descubrir perspectivas inusitadas para cada obra. Una iluminación también anómala, con fuertes focos que revalorizan unas zonas de las esculturas y objetos y dejan otras en una intrigante penumbra, completa la originalidad de la ambientación. Para que todo resultase todavía más diferente, el expositor inaugural ha sido Aurelio Teno, quien, tras haberse pasado once años en Nueva York, Caracas y Buenos Aires, ha decidido suspender su fiebre viajera y retornar a España.

Antes de su viaje construía Teno pinturas, escultopinturas, esculturas, joyas y objetos en los que el surrealismo y el expresionismo se entreveraban en dosis casi iguales. Ahora sigue sucediendo lo mismo, pero todo es algo diferente. En las obras de sus últimas etapas —las que está exponiendo— el expresionismo predomina netamente sobre el surrealismo. Ha renunciado a todos sus restantes géneros y tan sólo realiza esculturas en toda suerte de materiales y construcciones de espacio interior y tensiones forcejeantes. Ha desaparecido también el espíritu de juego, el retozo andaluz que atemperaba su dramatismo, y todo tiene ahora intensidades hirientes de alto valor expresivo. La madera carcomida, mezclada con la arpillera y algún toque de pintura, le permite crear obras de un desgarró brutal, que son, en su opinión, un reflejo fiel de las ansiedades y tensiones de nuestra época. El dominio del oficio es, como siempre, muy grande, pero ahora procura Teno que se le note lo menos posible, para que nadie ose acusarlo de realizar obras que puedan ser tachadas de «agradables» o de «preciosistas». Todas estas cualidades resplandecen en el gran objeto que ocupa la totalidad de una de las salas del segundo sótano y que se extiende entre estiradas arpilleras desde el techo hasta el suelo y desde cada pared hasta la de enfrente y hasta la escalera. Es muy posible que Teno se convierta en obras así en el cantor de un mundo sin esperanza, pero la calidad de su obra y su creencia en la misión del artista creador, niegan, por fortuna para él y para nosotros, buena parte de todo cuanto su diagnóstico tiene de disconforme y de pesimista.

5. Jesús Infante, en Galería Eureka

Hace muchos años que estoy convencido de que Jesús Infante es uno de los mejores acuarelistas de nuestros días y de que la acuarela no es un «arte menor», sino una de las artes que más dificultades ofrecen si se quiere dotarla de la calidad y perfección deseables. Artistas tan importantes y renovadores como Turner o Kandinsky pintaron acuarelas que nada tienen que envidiarle a sus lienzos, sino que los



Aurelio Teno: El grito.